

Vaclovas Sevrukas es un conocido disidente soviético de origen lituano, nacido en Leningrado en 1940, que se ha considerado siempre un marxista de estricta observancia. No obstante, comenzó a sufrir las primeras persecuciones a la edad de diecisiete años. Su actividad política le ha procurado muchos obstáculos, incluso para su ingreso en la Universidad. Cuando consiguió por fin entrar en ella, no obtuvo el título sino después de haber superado dificultades de todas clases. Hace poco, siendo profesor de Filosofía Marxista en Leningrado y de Sociología en Vilna, Sevrukas ha podido trabar relaciones y mantenerlas con los editores de *Crónicas de los Acontecimientos Actuales*, que se publica en Moscú y, junto con un grupo de personas de Vilna, ha redactado y ha divulgado escritos *samisdat*. Por este motivo, en 1972, después de diez meses y medio de interrogatorios por la K. G. B., fue procesado en virtud del artículo 68 del Código Penal lituano y fue recluido en una clínica psiquiátrica. En este mismo proceso hubo complicadas más de cuarenta personas.

Puesto en libertad, y no logrando encontrar empleo por el despiadado ostracismo a que le habían sometido las autoridades soviéticas, Sevrukas aceptó la invitación de emigrar a Israel. Simple formalidad, ya que tanto él como la K. G. B. sabían que el deseo de expatriarse representaba una escapatoria que le permitía irse de la URSS y permitía al régimen librarse de una persona incómoda.

El motivo por el que publicamos esta entrevista, concedida a nuestra revista *Relazioni*: Sevrukas es y se proclama marxista. Por tanto, no estamos de acuerdo con muchas afirmaciones que hace en sus declaraciones, sobre todo cuando distingue entre el marxismo y el régimen soviético actual. Para nosotros, el marxismo ha sido y sigue siendo una pesada cubierta que lo esconde todo y que no admite distinguos, que ha tapado todas las crueldades, desde las matanzas de Lenin hasta las de Stalin y de los incidentes de Budapest a los de Praga, por citar los más evidentes. Publicamos la entrevista porque en ella aparece claro un hecho: en las palabras de Sevrukas, en

efecto, se manifiestan las grietas profundas e irreparables que existen en ese régimen sanguinario y opresivo que pretende ser coherente y la aspiración a la libertad incluso de personas como ésta, que ha nacido en pleno marxismo, se ha alimentado de la ideología marxista y no consigue sacarse de la cabeza el perenne sentido de la salvación del mundo a través del marxismo. Cuando se empieza a distinguir entre marxismo y humanismo y entre régimen y sociedad, quiérese decir que el régimen está podrido irremediablemente.

Churchill llamó «telón de acero» el límite entre el mundo libre y los países comunistas. Después, muchos individuos interesados por la «distensión» se apresuraron a desaprobarlo, alegando el pretexto de que el comunismo había cambiado. Nada más falso. El comunismo sigue siendo el mismo y el telón sigue en su sitio. Sólo que quien quiere atravesarlo no arriesga ya el pellejo, sino que debe hacerse pasar por loco.

*P.—¿Cuál es su postura, su actitud, ante el régimen actual de la URSS?*

R.—La Unión Soviética es un país que tiene un régimen de capitalismo de Estado. Sentado esto, era inevitable que un sistema político basado en la dictadura del partido y, en realidad, en la dictadura de sus dirigentes, degenerase en un régimen totalitario señalado, antes y ahora, por la marca «hecho por Stalin». Sin embargo, la terminología comunista impide comprenderlo. Tal terminología presenta el régimen como expresión y defensa de los intereses de los trabajadores, como forma científicamente evolucionada del marxismo. Pero en realidad no tiene ninguna traza de marxismo. O, mejor, si le queda algo de marxismo es, a mi parecer, lo que mantiene todavía en vida a este coloso de pies de barro que chupa la sangre de los vivos, lo único auténticamente marxista, que es la labor de estudio de individuos particulares que se esfuerzan honrada y sinceramente por crear el bienestar social.

Como ilustración, quisiera detenerme en una de las principales aspiraciones del comunismo: la de crear una sociedad sin clases.

Esta aspiración secular de todos los oprimidos comenzó a realizarse enérgicamente en la Revolución de Octubre, hace ya casi sesenta años, con la fuerza de la violencia estatal. Se eliminaron las viejas clases, pero no desapareció la desigualdad social. Al contrario, ha aumentado la diferencia entre los privilegiados y los que están abajo en la escala social.

No es opinión mía, sino de los obreros, que, privados de sindicatos autónomos y de organizaciones de clase—todo ha sido estatificado—, se dan cuenta con amargura de que están totalmente indefensos, pero no pueden hacer demasiado.

Según la definición de Lenin, las clases son grandes grupos de personas que no sólo se distinguen por las relaciones de producción, sino también por el papel que representa cada uno en la organización social del trabajo. Si nos basamos en esta definición, llegamos con Milovan Djilas a la conclusión de que existe una burguesía soviética, aunque se trate de un nuevo tipo de burguesía.

Sin embargo, tanto Lenin como Marx sostenían que el Estado proletario sigue apoyándose en el Derecho burgués durante el período de transición. Por ello, Lenin llegó a la conclusión lógica de que el Estado soviético del período de transición era un Estado burgués. Entonces, podía afirmar todavía que se trataba de un Estado burgués sin burguesía. Era una paradoja, y Lenin tuvo bastante inteligencia y valor para admitirlo.

Los acontecimientos siguientes no condujeron a la esperada atrofia del Estado. Al contrario, el Estado se reforzó más que nunca, porque era necesario para la «nueva clase», cuyos privilegios se basan exclusivamente en el poder, a diferencia de lo que sucedía antes en la sociedad clasista del pasado. En la sociedad soviética, un hombre privado de poder está privado de todo: no tiene privilegios, ni autoridad, ni se le reconoce dignidad personal; los únicos que mantienen la dignidad personal sin poder son los que se ponen en su contra para defender los derechos del hombre y se hacen disidentes y se los califica de criminales. En su celo de poder, la burguesía soviética supera francamente a los terribles «soldados especiales» de Iván el Terrible. Hay la misma devoción ciega hacia el que tiene el poder supremo y el mismo odio feroz hacia todos los que son diferentes. No puede extrañar que, como me dijo un obrero, el régimen soviético se haya «perfeccionado al máximo para engañar y explotar al pueblo trabajador».

Se dice que es un Estado obrero, pero los obreros no saben cómo vive su Gobierno. Los gobernantes están ocultos por altas barreras y toda información sobre su vida se considera secreto de Estado: sus gastos, sus fincas, sus negocios especiales y sus hospitales especiales: todo es secreto de Estado, así como fueron secreto de Estado sus errores, sus delitos, los campos de trabajo y las prisiones.

Pero lo que es secreto sale a la luz. La historia del *Archipiélago Gulag* se escribe poco a poco. El pueblo soviético juzgará un día y pronunciará su sentencia. Será un segundo proceso de Nuremberg.

P.—¿Por qué motivos ha abandonado la URSS para trasladarse a Occidente?

R.—En mi país tenía estas alternativas:

- Vivir como un hombre y terminar mis días en un manicomio.
- O bien, callarme y contentarme con existir físicamente. Pero eso no era para mí; inevitablemente, habría dejado ese camino.
- Y, en fin, la emigración, porque ahora intentan espantar a los disidentes para que salgan del país.

Solyenitsin tiene razón: no hay que dejar la casa paterna cuando las cosas van mal.

Pero yo había sacrificado ya diecisiete años, toda mi vida consciente. Había hecho algo, como tantos otros. Reflexioné mucho tiempo. Y me decidí a partir porque era el único camino en que había alguna esperanza de poder hacer algo todavía.

P.—Dígame su opinión sobre el marxismo, como doctrina y como acción.

R.—Para mí, ser comunista significa ser un cristiano frente al mundo y la sociedad. Significa perfeccionar continuamente las relaciones sociales incluso con la ayuda de la ciencia, intentando llegar al máximo, esto es, a la satisfacción de todos. En mi opinión, el marxismo no es un dogma, sino que es la primera tentativa de dar fundamento científico a la compasión, a la preocupación por el prójimo. Los errores, los fracasos, las desviaciones e incluso los delitos en que se ha incurrido en nombre del marxismo no deben hacernos renunciar a un fin noble...

Nadie identifica la Inquisición con el cristianismo. El estalinismo no es y no ha sido nunca marxismo ni comunismo.

Pero diré que quizá justo los comunistas sean los que más contribuyen a que se produzca tal identificación, porque creen tener en sus manos la piedra filosofal que resuelve todos los problemas. Pero, en el estadio actual de evolución del pensamiento social y filosófico, está claro que se quiere la armonía entre individuo y sociedad, la unión de un cristianismo espiritual con la justicia social. Y está demostrado científicamente que no se alcanzan a través del sectarismo,

a través de una teoría que se proclama la única verdadera, sino a través de un esfuerzo común y de la colaboración entre todos los hombres.

En mi opinión, un marxista no se agarra a valores anticuados, sino que se adhiere a nuevos y modernos. En esto consiste el socialismo científico, desconocido para muchos que se profesan comunistas.

P.—*¿Considera posible que haya cambios en la URSS? Y, en este caso, ¿de cuáles podría tratarse? Además, estos cambios, ¿influirían sobre el comunismo soviético sellando su fin o provocando el nacimiento de un nuevo tipo de comunismo?*

R.—Algunos creen que la crisis del comunismo se debe a la escisión del movimiento comunista. Esta es una opinión equivocada.

Ante todo, es absurdo suponer una unidad teórica alcanzada por vía lógica. ¿No es más razonable aceptar la existencia de un pluralismo de sistemas lógicos, cada uno de los cuales tiene su propio rostro y sus propias soluciones? Por consiguiente, la unidad no se busca en las conclusiones ideológicas según este o aquel sistema lógico, sino en los fines comunes de creación de una sociedad humana y de respeto a la espiritualidad del hombre.

La crisis del movimiento comunista no está causada por la diferencia de puntos de vista, sino por la incapacidad de la doctrina comunista en su actual estadio para resolver los problemas de nuestro tiempo. Los orígenes de esta crisis se remontan a la misma metodología de Lenin, que fundó las instituciones soviéticas según un modelo autocrático, en que el poder se concentra en las manos de una sola persona, y creo también la justificación teórica de tal modelo. Estos orígenes se enlazan también con las premisas teóricas derivadas de las conclusiones científicas de Marx.

El mayor mérito de Marx consiste en el descubrimiento de la interpretación materialista de la Historia. Pero, siguiendo el modelo de «producción y reproducción de la vida real», el mismo Marx, y sobre todo sus seguidores, terminaron superponiendo una interpretación completamente idealista. Se funda una «base» mítica en leyes económicas, mientras que el espíritu, considerado supraestructura, no conserva en la teoría de estos epígonos de Marx sino un modesto papel de «retroacción» (*feedback*). De ahí deriva el desprecio a las leyes espirituales, esto es, al factor más importante en la historia moderna de la Humanidad. Y, por tanto, tenemos:

a) El carácter utópico del modelo de la sociedad futura, por crear con la fuerza, sin considerar las necesidades verdaderas de sus hombres, sino sólo en nombre del hombre mítico del dominio comunista.

b) La falta de análisis de las necesidades de los individuos particulares, la desatención al aspecto moral del hombre y al examen de los medios que emplear para alcanzar el objetivo. Y, también, la tendencia a uniformar el pensamiento, a eliminar el pluralismo de las opiniones.

Por esto es equivocada y perjudicial la tesis de la dictadura del proletariado. En efecto, es justo aspirar a la igualdad social, pero no se la puede lograr sin una evolución de la conciencia.

c) El desprecio a la experiencia política del régimen parlamentario.

d) La absurda inclusión de tesis dilettaentes en la ideología, revestidas bajo forma científica, sobre la fusión de las naciones, etc.

Por tanto, la crisis del comunismo no ha sido causada por la escisión entre China y la URSS, sino que comenzó mucho antes, con el acto de la escisión de los socialdemócratas. La crisis del comunismo ha sido causada por la falta de diversidad de puntos de vista en la doctrina actual y sin tal diversidad no puede existir la ciencia. Si aparece la diversidad de opiniones, se crea inmediatamente un intercambio entre las partes. La falta de un lenguaje común y de colaboración lleva al enfrentamiento entre las partes. Esta tendencia es sumamente peligrosa para la Humanidad, pues origina el totalitarismo.

Las cosas deben cambiar. O habrá democratización, o una breve llamarada de neoestalinismo y, después, la catástrofe. La primera hipótesis es más verosímil, aunque podrá haber un proceso largo.

P.—¿Qué opina sobre el mundo occidental?

R.—No tengo nada que decir. Me interesan poco las cuestiones de carácter general.

P.—¿Considera posible —o útil y actual— un diálogo entre el marxismo y la Iglesia católica, y con qué consecuencias, positivas o negativas para la Iglesia misma? En sustancia, ¿no se tratará de una maniobra comunista para atacar a la Iglesia por dentro?

R.—Sí. Pero no están dispuestos a sacrificar los principios. Mientras quienes desean este diálogo mantengan posturas de intolerancia ante las opiniones del otro, el diálogo no servirá ni a los católicos ni a los comunistas.

Pero la colaboración podría facilitar la comprensión recíproca. Debo decir, sin embargo, que no creo en el «comunismo diverso» de quienes aprueban o silencian la violencia y los abusos que se cometen en la Unión Soviética, en perjuicio, tanto de los comunistas como de los creyentes. Esa gente se comportará siempre de la misma manera. Si se equivocan, hay que informarles. Si obran por intereses, habrá que desenmascararlos.

Creo que la Iglesia, como el comunismo, debe crear la verdad y que la seguridad de las propias fuerzas no debe derivar de las tradiciones sino de la verdad, de la evolución actual de las tradiciones.

*P.—Está difundida la opinión de que el comunismo mundial atraviesa una grave crisis estructural e ideológica, sobre todo, por causa de las diferencias de Moscú y Pekín. ¿Qué opina usted? Y, ¿cuáles son a su parecer las diferencias sustanciales entre el comunismo chino y el soviético?*

*R.—La ideología estatal es la misma en China y en la URSS. Los dos regímenes intentan demostrar por la fuerza que tienen razón, los dos aspiran a la hegemonía y tienen la misma intolerancia mutua.*

La diferencia está en el plano cultural, en el ámbito de la misma ideología totalitaria. China atraviesa ahora el período que ya atravesamos nosotros en la época de la construcción del canal Belomorski, y que ha ilustrado muy bien Solyenitsin en el *Archipiélago Gulag*.

En cambio, la URSS pasa ahora por el período de disgregación de esta ideología, porque la sociedad soviética ha traspasado los límites de la unidad primitiva y el régimen centralizado resulta cada vez más incapaz de resolver los problemas vitales que debe encarar el país.

*P.—¿Considera conciliables el comunismo y la libertad? En sustancia, en un régimen comunista, ¿puede existir verdadera libertad?*

*R.—Para mí, comunismo y humanismo son lo mismo.*

El humanismo no es complemento de la justicia social, sino la base de la verdadera armonía social. No deriva automáticamente de la virtud y de la cualidad moral.

La creación de valores espirituales, la educación moral, no son posibles sin aplicar completamente estos valores a la vida. No podemos ser personas morales sin llevar una vida moral; pero tampoco podemos construir una sociedad justa sino basándonos en principios humanos.

FRANCESCO LEONI

Lenin se equivocaba profundamente cuando, al polemizar en defensa de la limitación temporal de las libertades políticas, contraponía estas libertades que llamaba burguesas a la justicia social. Así, puso una de las piedras angulares del totalitarismo soviético.

El comunismo es inseparable de la libertad.

P.—*¿Qué opina sobre el comunismo y los comunistas italianos?*

R.—No sé mucho. Recuerdo el memorándum de Yalta de Togliatti. Es un documento de gran energía, que constituyó una etapa fundamental de mi desarrollo espiritual. Después ocurrió que leí panegíricos a Stalin escritos por el mismo Togliatti. Es un enigma cuya respuesta no he hallado todavía.

Cuando estaba en la Unión Soviética sentía respeto por cierta disidencia prudentísima del PCI respecto de muchas tesis y muchos actos del PCUS. Pero después me ha aterrorizado el espectáculo de las manifestaciones comunistas con retratos de Stalin y Mao Tse-tung. Los comunistas que imitan ciegamente el modelo soviético no tienen porvenir. Su fuerza está únicamente en la miopía y en la pereza del pensamiento político humanista.

FRANCESCO LEONI

(Traducción de Eloy Fuente Herrero.)